

condencia y el delirio, se expresa, mejor que en ningún otro pasaje, en el cap. IX. Cemí intentará (y logrará) demostrar que el Estagirita «no está tan lejos de la reminiscencia platónica» (p. 422). Se trata de rebasar el delirio poético y el delirio científico por igual, porque, pese a su valor, son premisas. La «permanencia del ser» a la que se refiere no es sólo el presente asumido como eternidad, aunque sea fuente de ella, sino esta devenida estado, con todas las consecuencias: condiciones de existencia, condición prenatal, esencia y estructura. Parte de ello es la reminiscencia pues aprehenderlo supone para el ser finito, el *sinólos* cognoscente, romper los límites temporales. Y cuando esto se lleva a cabo en el ámbito filosófico, se desciende a los *inferos* de la filosofía, a la prenatalidad de esta, como hizo María Zambrano en *El hombre y lo divino*, y se adentra el buscador en el reino de las más arcaicas iniciaciones, de las fuerzas generatrices de toda cosa e incluso del ser: la sexualidad cósmica, llámese masculino y femenino, yin y yang, revista la forma de unión entre hombre y mujer, de incestos o de aparentes aberraciones que esconden principios primigenios en juego. El eros fue el primer dios formado según la teogonía órfica y sus modalidades han emanado o conformado el cosmos. Por esto, para Lezama, el ser aristotélico y todas sus determinaciones resultan válidas, corresponden a la era de la infinita posibilidad, del *potens* que puede ser asumido y dirigido. Sólo hay que saber que, más allá de la metafísica y de todas las disciplinas que ella precede, el terreno de lo misterioso se abre y nos hace recorrer la filosofía primitiva y las cosmogonías míticas. Pero Plotino tuvo una ventaja, heredada por Nicolás de Cusa, cuyos méritos resalta a menudo Lezama: comprender lo no susceptible de ser entendido racionalmente, el Uno, el *Abconditus*, más allá de sus potencias racionales derivadas o de su proyección en el ser aprehensible y en el mundo natural.

A esto tiende lo hipertélico, pero se hace necesario pasar primero por el *telos*, y el *telos* de todas las cosas es, a la larga, algún bien. Es así que lo insular y lo familiar, análogos, y la ciudad dentro de lo insular, constituyen el marco donde desenvuelve sus relaciones el trío de amigos: «la ciudad *es* por naturaleza, y es anterior al individuo» que es un animal social porque posee *palabra*. Esto hace que quien no puede vivir en comunidad «es una bestia o un Dios»<sup>19</sup>. Preceden a los tres jóvenes sus familias y ciudades, unidas por lo insular. Mientras que Cemí y Fronesis procuran hallar su sitio en el orden del mundo y de la polis a la vez que romper la dependencia infantil con respecto a ellos, Foción lucha con desesperación por pertenecer a algún tipo de comunidad, en este caso, a la compuesta por ellos tres. No ha logrado un verdadero *oikós* porque su familia no constituía una verdadera comunidad. La de Fronesis sí, aun-

<sup>19</sup> Arist.: Política, 1253a, 10-15. Madrid, 1988.

que no es una verdadera familia (recuérdese que su madre no es la esposa de su padre y ni siquiera se conocen). Sólo la de Cemí es a la vez comunidad y familia. En el cap. XI Fronesis revela el desajuste oculto en la suya y hablará a su padre de «la verdadera rebeldía de los hijos contra los padres», consistente en no querer ser padres ellos mismos (p. 539). El ansia de Foción por ser miembro de una comunidad humana revela su cercanía a la bestia, según Aristóteles, lo cual confirma el análisis que Cemí hace del tomismo y de la inclusión en éste de la homosexualidad, no entre los pecados de lujuria más graves sino en la bestialidad (p. 428). Por eso el homosexual no es, en la novela, un verdadero animal político, no forma con los demás homosexuales —según se observa en Foción— una real comunidad, sino un rebaño de seres oscuros, que buscan la noche para entregarse al placer y protegerse así falsamente contra la soledad y el miedo, lo cual se comprobará en el cap. XI. Esto también explica la necesidad de la *sofrosyne*, como exigía Platón en *Fedro*, porque el amor sujeto a normas eleva lo humano a su más alto grado y engendra, entre personas del mismo sexo, la amistad.

La norma o medida rige la amistad aristotélica en su máxima expresión. Pero debe recordarse que existe una amistad apoyada en la esencia misma de los amigos y una basada en la utilidad o el placer. Para Lezama, toda amistad se vincula, en el fondo, con la esencia de los participantes, como se verá en el cap. XI, donde se reconocen las similitudes recónditas, la *coincidentia oppositorum* entre Foción y Fronesis, pero esto resulta conciliable para Lezama con las reglas y casos de la amistad aristotélica, ya sea entre iguales o entre desiguales. Foción busca en Fronesis el placer en sí mismo, no como fugaz realización sino la angustia que lo renueva y agota: «El error aportado por los sentidos de Foción al acercarse a Fronesis consistía en que aquella imagen era la forma que adquiriría para él lo insaciable» (p. 495). Aristóteles habla de la fugacidad de las amistades basadas en la utilidad y/o el placer, en la pasión, sobre todo entre los jóvenes<sup>20</sup>. Pero la «amistad ética, perfecta, es la de los hombres buenos e iguales en virtud»<sup>21</sup>. Cemí y Fronesis han establecido una amistad ética, basada en la identificación esencial, más allá de todo placer, pero que poco a poco rebasará también el amor de cada uno a la personalidad del otro: «la raíz de Fronesis era la eticidad», la cual «parecía un producto tan misterioso como afianzado» (p. 495). Al principio sin embargo es la fascinación de esa eticidad unida a la personalidad de Fronesis la que atrae a Cemí:

Su amistad no había alcanzado después del rostro multiplicado por la incesante cabellera de los sentidos, ese punto en que el Eros reúne todas las aguas y

<sup>20</sup> *Arist.: Et. Nic., VIII, 1156a, 10 y sigs., 1156b, 1-5, p. 326-327.*

<sup>21</sup> *Arist.: Ibid., 1156b, 5-10, p. 327.*

comienza la lucha entre el oscilar y la fijeza de un rostro, la amistad deja de ser entonces un ejercicio de la sabiduría para formar parte de 'la percepción inmediata de las cosas', el deseo innumerable ha saltado sus hormigas y ya no nos preocupará la búsqueda de la Unidad sagrada, indual, que encontramos en un rostro, en la médula, en el espejo universal (p. 494).

Se trata aquí del tránsito de la amistad-amor descrita en *Fedro* a la «amistad entre iguales», que «otorga un regalo» recíprocamente al dador<sup>22</sup>. Fronesis sabe separar la amistad de Foción, «plebeya y experimentalista», y la de Cemí, «noble y esencial» (p. 496). Ambos dan y toman lo mismo. Su esencia es análoga, no sólo a causa de la raíz extranjera que propicia a ambos la posibilidad de escapar al caos devorador insular, y de la fortaleza que ella comunica, sino debido al «don del canto» que ambos poseen. La poesía es el arma común para vencer el tiempo, lo devorador. Fronesis parece haberlo incorporado, absorbido. Cemí, según quienes lo habían conocido, «era el hombre que mejor había dominado el tiempo, un tiempo tan difícil como el tropical» (p. 496). El encuentro de los «ancestros» y el mutuo «reconocimiento» se ve con claridad en las primeras páginas del cap. XI y se resume así: «sabía que Cemí estaba hecho por un acarreo de tan refinada sutileza como el que él poseía» (p. 498). Se necesitan para rebasar lo insular definitivamente en el acceso a las claves del universo. Cada uno actúa como causa eficiente para el otro en la depuración propia mediante el saber, lo cual coexiste con la inductora función socrática.

Ésta alcanza su punto culminante en la fuga a dos voces, palinodia dirigida a las normas con las cuales se envuelve lo trascendente, ejecutada por Cemí y Fronesis.

Ésta marcará la plena expresión de su amistad, la *akmé* que la define como amistad ética. Fronesis comienza «colérico» y termina «absorto». El delirio se torna contemplación. Están solos, totalmente solos en medio del coro estudiantil que se ríe de lo que no comprende. El asno que rebuzna al escuchar a Orfeo. Nos evoca las amargas páginas que Fernando Ortiz titulara «No seas Bobo»<sup>23</sup>. Prorrumpen «en aplausos mezclados con risotadas de alegría amigotera» (p. 501-502).

Fronesis define de modo muy certero el sentimiento que los anima —el mismo— descrito por Ortiz: «Son la vergonzante respuesta de sometimiento al destino, o mejor, de ausencia total para enfrentarse con el *fatum*. Serían incapaces de salir a enterrar a su hermano en contra de la prohibición que se les dictan las propias leyes de su destino trágico. Como hay la poesía en estado puro, hay también el coro en estado puro

<sup>22</sup> Arist.: *Ibíd.*, 1162b, 30-35, p. 348.

<sup>23</sup> Véase: Fernando Ortiz: *Entre cubanos. Psicología tropical. La Habana, 1987.*

en los tiempos que corren, que tiene la obligación impuesta de no rebelarse, de no participar, de no enterrar a su hermano muerto. Creen que nos halagaban con sus aplausos y nos entristecían. Nosotros les ofrecíamos una elemental entrada de la cuerda, que ellos deberían de haber sido los encargados de convertir en un desarrollo sinfónico. Aplaudir y reírse en su función» (p. 502).

Ambos, al ascender al aristotelismo, han rebasado la cosmología insular para llegar a la teleología insular. Desde el nivel filosófico pueden comprender de otro modo el gran caos, el reino de lo mítico, la matriz. Se han conocido a sí mismos pero a la vez han aplicado las reglas del pensar, del conocimiento del mundo exterior. No son ya desterrados sino hombres de una era nueva y diferente. Por eso profundizan en el misterio encerrado en Antígona, la gran incomprendida, la que sabe ejecutar su papel<sup>24</sup> y su «forma cristiana», San Jorge.

Después de esto hay que decidir; la toma de conciencia trae consigo un cambio irreversible: o se desafía al *fatum* desde lo insular (lo cual hará Cemí) o se renuncia a este papel en busca de un escenario más amplio, por cuanto el *fatum* acecha en todas partes (Fronesis). La amistad ética, que ha rebasado las particularidades, no necesita de la presencia. Durante el breve viaje a su casa que realiza Fronesis, Cemí se preocupa, pero cuando se marche definitivamente a Europa, el amigo quedará en paz: «en las amistades basadas en la virtud no hay reclamación y la intención del dador parece ser la medida, porque en la intención radica lo principal de la virtud y del carácter»<sup>25</sup>.

Foción se desesperará, volcará sobre sí mismo la angustia que objetivaba en Fronesis. De ahí su *división*, su locura ligada a lo demoníaco, que es dualidad. Fronesis necesitará reconstruir su historia, contársela de nuevo para encontrar el modo justo para desafiar al *fatum*; se explicará con su padre y con su tía-madrastra en pos de su esfera prenatal. Su historia personal contada y revalorizada le permitirá llegar a ser, como afirmaba María Zambrano. El padre se confiesa ante el hijo y con ello le informa sobre el modo concreto de ser al cual pertenece. El hijo necesita su historia total para confesarse a su vez, porque confesarse supone haber hallado ya un camino, el propio. Aristóteles se funde con Platón y Agustín con Aquino, el *telos* se autorrebasaba. Pero para que ello resulte efectivo y provechoso debe irse, primero, a buscar el pasado, hasta el «después»: «No creo yo —dijo la señora Sunster—, que se trate de un problema de destino, de porvenir; es por el contrario una vuelta al pasado. Ricardo ha sentido deseos de ir a buscar a su madre» (p. 543). Y en busca de su matriz, de su prenatalidad, parte. Va a nacer de nuevo y así responde a María Teresa

<sup>24</sup> Véase: María Zambrano: La tumba de Antígona. México, 1967.

<sup>25</sup> Arist.: Et. Nic., VIII, 1163a, 20 y sigs., p. 349.